



CAPÍTULO VI.

INCIDENTE.

Gustavo pasó las primeras horas de la noche en casa de la señora de Péreux.

Esta rogó á su hijo que le fuera á comprar un libro que deseaba, y así lo alejó por algunos momentos, porque queria estar sola con Daumont.

—¿Edmundo se lo ha contado á vd. todo? preguntó Gustavo á la madre de su amigo.

—Sí.

—¿Y la ha dicho á vd. que mañana se presentará en casa del señor Devaux?

—Sí, y es lo que yo queria impedir.

—Ya yo he tratado de ello, y sin duda por las mismas razones que vd.

—¿Qué bueno es vd., Gustavo, dijo la madre, presentando su mano á Daumont; y qué dichosa soy con que mi hijo tenga un amigo como vd. Ya habrá vd. comprendido de cuántas inquietudes me llena esa visita, ¿no es cierto? Sabe vd. que el señor de Péreux murió de una enfermedad de pecho y que desde el nacimiento

de Edmundo tiemblo de que mi hijo esté atacado del mismo mal, que dicen es hereditario. Ya sabe vd. de qué manera lo he criado, qué vigilancia ha ejercido mi amor sobre él. He ocultado siempre á Edmundo, que se conmueve fácilmente, la causa de la muerte de su padre, y temo que ese médico sorprenda lo que yo tiemblo de adivinar, y que, en lo que le recete, mi hijo conozca de dónde le provienen esos excesos de languidez, esos ensueños, ese malestar vago y frecuente, del que aun no he podido triunfar, y que han sido los primeros síntomas del alma de que murió el señor de Péreux.

—Pero el médico de vd., señora, ¿no la ha tranquilizado sobre la salud de Edmundo?

—Mi médico me dijo un dia, cuando Edmundo tenia seis años apenas: “Cuide vd. mucho el pecho de este niño.” Desde ese dia, observando el efecto que en mí habia producido su consejo, no me ha vuelto á decir nada.

—Es porque todo peligro ha desaparecido, señora. Los cuidados que vd. ha prodigado á Edmundo han destruido el principio del mal, si es que alguna ocasion existió. Durante tres años que he sido en el colegio su camarada inseparable, nunca he notado en él esos síntomas que vd. teme, y desde hace cinco años, que hemos salido del colegio y que de su camarada he llegado á ser su amigo, nada me ha hecho sospechar que esté enfermo.

—Sin embargo, vd. acaba de decirme, que por las mismas razones que yo, es por lo que vd. ha querido impedir que Edmundo vaya á visitar al Dr. Devaux.

—Yo conozco los terrores maternos de vd. señora; y aunque no participo enteramente de ellos, sé que Edmundo es de una salud muy débil, y quisiera, puesto que él ignora esta debilidad, evitar que un extraño se la revelase. Este Sr. Devaux puede ser un patán, aunque tenga una hija preciosa, y decir sin ninguna preparacion á Edmundo, ora porque sea cierto, ora porque quiera tener un cliente de mas: Está vd. muy malo. . . . Con el carácter impresionable que le conozco á Edmundo, se conmovría fuertemente, y sería capaz, sin estarlo, de enfermarse por solo esas palabras. Yo tenia, pues, el mismo pensamiento que vd., señora, pero sin participar de los mismos temores.

—Vd. quiere tranquilizarme, Gustavo, y yo le doy las gracias; pero estos temores, vd. los participa tambien, porque vd. rodea á mi hijo de una vigilancia casi paternal. . . . Allí donde m, influencia debe cesar, ha comenzado la de vd., y gracias á ello, Edmundo no posee ninguno de los defectos y ni aun las costumbres de los jóvenes de su edad: nunca juega; no fuma; no bebe, no se desvela. . . . Todo esto lo debo á vd., y no tengo necesidad de decirle cuán reconocido le está mi corazón. . . .

—¿Y sabe vd., señora, con qué mágicas palabras impido á Edmundo que haga todo aquello que podría serle dañoso?

—No.

—Pues no tengo mas que decirle: “Eso afligirá á tu madre.”

—Me ama mucho, ¿no es cierto?

—Hasta la adoracion.

—¡Mi querido hijo! murmuró la señora de Péreux; y yo tambien lo amo. . . . Empero él puede encontrar en otra parte distracciones que no hay para mí sin él. . . . Donde él no está, mi alma tampoco: desde hace veinte años yo no he vivido sino para él y con él. . . . Ya comprenderá vd. mi terror al pensar que pueda estar afectado del mismo mal que su padre, que murió ántes de tener treinta años.

—Para probarla á vd., señora, cuán convencido estoy de que sus temores son vanos, permítame vd. que la dé un consejo. . . .

—Diga vd., mi querido Gustavo.

—¿No le ha preguntado vd. últimamente á su médico sobre la salud de Edmundo?

—No.

—Pues bien! en lugar de vd., yo lo dejaria ir á casa del Sr. Devaux, y mañana por la tarde yo misma iria á ver á ese médico, y le rogaria me dijese la verdad.

—¿Y si fuere á destruir mi incertidumbre, á corroborar mis temores! Oh! no, mejor

quiero dudar: la verdad me mataría. . . . Tengo tal temor de que mis lúgubres sospechas tengan fundamento, que si mañana Edmundo cayera enfermo, no me atrevería á llamar á mi médico, con la aprehension de que con esa terrible sangre fria de la ciencia, no me dijese lo que desgraciadamente no puedo dejar de creer.

—Pues señora, yo haré todo lo que pueda para que Edmundo no vaya á casa del señor Devaux.

—Gracias. . . .

—Pero no la prometo á vd. lograrlo, porque su resolucion de continuar la aventura de esta mañana, es firme. . . .

—En fin. . . . haga vd. lo que pueda.

Algunos momentos despues entró Edmundo, trayendo el libro que su madre le habia encargado. Entró con un aire tan alegre, que esta vuelta parecia dar un solemne mentís á la conversacion que habia tenido lugar en su ausencia.

—¿Has corrido? le dijo su madre.

—Sí.

—Estás fatigado.

—Absolutamente nada, mi querida madre.

—¿Y no te hace ningun mal correr?

—No: aquí tienes tu libro.

—Gracias, hijo mio.

La señora de Péreux estrechó contra su pecho la cabeza de su hijo, y le tomó las manos.

—Están ardientes tus manos, le dijo.

—Siempre están así!

—¿Nada padeces?

—Nunca me he hallado tan bueno, Ademas, ya sabes, madre mia, que jamas estoy enfermo.

No tenemos necesidad de explicar el motivo que impulsaba á la madre despues de la conversacion que acababa de tener con Gustavo, á hacer estas preguntas á su hijo.

—Me alarmo sin fundamento, pensó la madre, y fijó su mirada sobre Edmundo, estudiando su vista, su color y su respiracion.

Edmundo estaba tranquilo y contento, aunque un poco pálido.

Gustavo cambió una mirada con la señora de Péreux. Esta le respondió con una sonrisa, que queria decir:

“Tiene vd. razon; yo me equivoco sin duda.”

A eso de las once de la noche, Gustavo se despidió de Edmundo y de su madre, y dijo al primero:

—Tengo que hablarte de una cosa muy seria.

—Ven mañana.

—No saldrás ántes de haberme visto.

—No, con tal que vengas temprano.

—Vendré á las doce del dia.

—¿A las doce! . . . te espero.

A otro dia Edmundo salió de su casa á las

nueve de la mañana, despues de haber dejado con un criado la siguiente esquela para Gustavo:

“Mi querido amigo: ayer por la noche, cuando fuí á buscar el libro para mi madre, eché á correr hasta la casa del señor Devaux, para preguntarle á la portera á qué horas recibe este médico, y me contestó, que de las nueve de la mañana á las doce del dia, y de las tres á las cinco de la tarde.

“Nada tengo que hacer mientras vienes, voy á ver, pues, al padre de Antonina, y desde las doce puedes contar conmigo para el resto del dia. Ya comprenderás mi impaciencia.”

Edmundo se encaminó por la calle de *Bac*, preguntándose por todo el camino, si el motivo que lo llevaba á casa del doctor no iria á traslucirse bajo el pretexto que tomaba.

—¿Qué le diré, pensaba, cuando quiera saber qué enfermedad tengo? Diréle lo que se me venga á las mientes... que tengo dolores de cabeza; que padezco de los nervios... que tozo de vez en cuando... Me mandará alguna tisana y ejercicio... y volveré todos los dias á decirle que voy un poco mejor. Esto le lisonjeará, y me conquistará su amistad.

A pesar de todo este razonamiento, Edmundo estaba conmovido, porque no tenia ninguna experiencia en esta clase de aventuras.

La gracia, la juventud, la decencia, la her-

mosura de la señorita Devaux, habian producido en su imaginacion un efecto rápido, profundo y lleno de dulces sensaciones: como *Pablo* y *Werther*, venia á pedir á un amor difícil, imposible tal vez, las agradables emociones que los amores fáciles le habian rehusado, y de las cuales conocia que necesitaba su alma.

Edmundo no lo habia dicho á Gustavo, porque hay cosas que no se confiesan, sino con mucha dificultad, hasta á los mas íntimos amigos; pero él buscaba el amor mas bien en lo ideal que en lo positivo; mas en la esperanza que en la certidumbre; mas en los sueños que en la posesion. Lo muger no era para él mas que un texto poético, que desarrollaba ingenuamente en el silencio de su alma y que adornaba con la gala de sus ilusiones.

El amor de una doncella, pues, era el único amor que pudiera ofrecerle este resultado. Le faltaba saber si Antonina lo amaria; pero mientras esto sucedia, sentia en su alma todas las condiciones necesarias para enamorarse. Lo que Edmundo amaba en el amor, era el mismo amor en su esencia.

Dos afecciones ocupaban ya su corazón; su madre y Gustavo: pero he aquí que él habia sentido que estas dos afecciones tenian necesidad de completarse con una tercera, de la cual en ningun caso podrian estar celosas, puesto que esta última no seria de la misma esencia que ellas.